

El Frente Popular: Victoria y derrota de la democracia en España, de J.L. Martín Ramos*

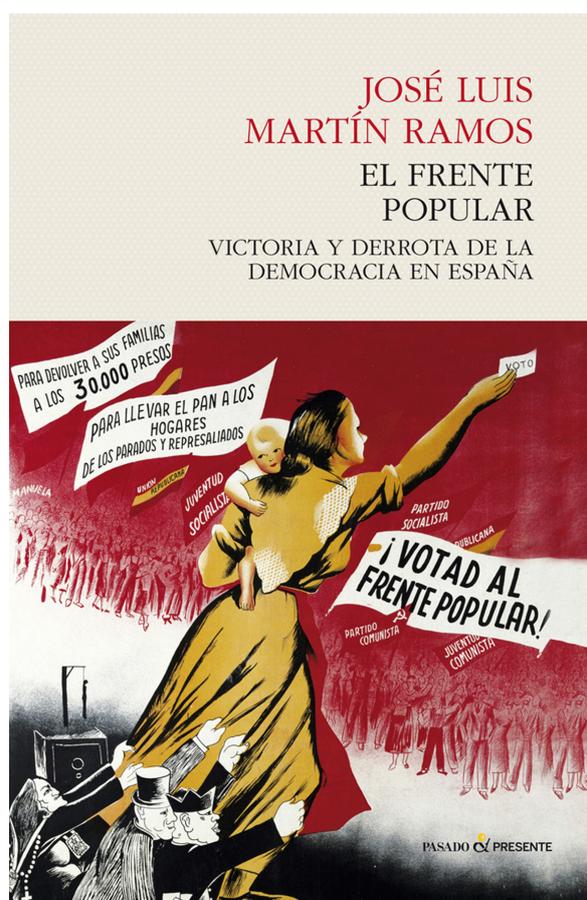
Pablo Montes Gómez

Doctorando por la Universidad de Oviedo

No era un pensamiento original suyo —al menos ya lo había enunciado anteriormente Walter Benjamin—, pero Christopher Hill tenía razón en afirmar que cada generación debe escribir su propia historia. Extraños son los libros que, como el que tenemos entre nuestras manos, puedan aspirar a constituirse en nexo intergeneracional. Y es que pocas veces el trabajo de un historiador tan veterano y experimentado como José Luis Martín Ramos posee, juntamente a un vasto conocimiento de la materia que aborda, la virtud de ser fresco e innovador. El mérito es seguramente mayor al tratarse de un libro de ensayo, que supone una auténtica consagración a toda una vida como historiador dedicada a «la victoria y la derrota de la democracia» en nuestro país.

Al lector, aun no compartiendo todo o ni tan siquiera el grueso de lo que el autor plantea, forzoso le resultará reconocerle su rigor y honestidad. De lo primero se deja constancia desde el primer capítulo; de lo segundo un reconocimiento explícito en el preámbulo: «Lo que yo ofrezco es una interpretación beligerante, que defiende el valor histórico y ético de la Segunda República». Considerando, con Gramsci, que la indiferencia es el peso muerto de la historia, uno no puede por menos que agradecer una declaración de intenciones tal, tan sana y creativa intelectualmente hablando. Y tan inhabitual.

* José L. Martín Ramos, *El Frente Popular: Victoria y derrota de la democracia en España*, Barcelona, Pasado y Presente, 2016



Ciertamente, otros muchos autores en otras obras no nos tienen acostumbrados a tanta transparencia, siendo moneda de cambio habitual en nuestro país —y no sólo en él— encontrar trabajos no menos combativos que sin embargo buscan colarse en el tejido social colgándose la etiqueta de «neutros».

Estamos, pues, ante un libro valiente que sale al paso de las interpretaciones que, según afirma el autor, aún dominan en los ámbitos académicos y de divulgación, lo que él

llama «la cultura histórica social». Algo así sólo puede ser celebrado. Porque ejercicios como éste apuntan a un síntoma (uno de ellos) del grave mal que padece nuestra historiografía, a saber: que la brecha existente entre la sociedad y la academia es justa y merecida. Ha llegado a constituirse en lugar común entre los historiadores españoles aludir con frecuencia a la escasa incidencia social que tiene nuestra disciplina, lo cual es muy cierto, pero esta evidencia, en los últimos años, ha caído a plomo sobre nosotros. Se ha hecho de todo punto manifiesta para aquel que quiera verla. El desfase, la falla existente entre las interpretaciones que imperan en el ámbito historiográfico en torno a aspectos como el ascenso y posterior caída de la democracia republicana, y las actuales demandas provenientes de la ciudadanía, cuyos agravios pivotan precisamente en torno a la baja intensidad democrática —o a la fuerte incidencia del elemento oligárquico— en nuestro sistema de representación, desvelan el distanciamiento. Martín Ramos pone todo esto en primer plano a través de la interrupción forzada de la experiencia de los años treinta. De esta forma, este esfuerzo *de combate* por la historia que tenemos hoy aquí, aunque no baste, contribuye a entender esto, pues constituye un ataque frontal al funcionalismo imperante en nuestra academia y discurso político oficial.

Centrado en el esfuerzo por concederle su merecido lugar en nuestra historia, se dedican nada menos que tres de sus seis capítulos a exponer la génesis de formación del Frente Popular y su implantación en España. El capítulo 1 se justifica en el escaso conocimiento que «salvo excepciones», según él mismo afirma, se tiene de la realidad del *Komintern*. El contexto histórico e internacional, así como su concreción a la realidad política y social de España se encuentran adecuadamente en esas páginas. Los debates, las discrepancias y las reticen-

cias internas, que llevaron a la IC a rectificar su política anteriormente sectaria del «clase contra clase» o el «frente único» en pos de la colaboración interclasista, son aquí desgranadas gracias al exhaustivo conocimiento que de la III Internacional exhibe el autor. Así, teorías conspirativas emanadas del conservadurismo más reaccionario como la del complot de Moscú para instaurar una república soviética en España o su posterior actualización por medio del llamado «Caballo de Troya», que indica que el objetivo comunista nunca fue otro que la toma del poder, son desmontadas con minuciosidad.

Porque como sostiene con firmeza Martín Ramos, la estrategia frentepopulista siempre dependió de la fuerza de los PC. Ello se prueba en las notables diferencias entre países y el momento del que se tratara. Así, la alianza electoral entre socialistas y radicales en la Francia de 1924 tuvo muy poco que ver con la que se alcanzaría en 1936, pero la novedad no residió únicamente en el apoyo comunista al resto de partidos, sino en el cambio de estrategia. En general, la socialdemocracia fue reticente a adoptarla, también en España. De hecho, en nuestro país no han sido pocos los que han querido identificar la propuesta del Frente Popular con una especie de reedición del pacto republicano-socialista, minimizando de esta forma la aportación del PCE. En Bélgica, uno de los principales líderes del Partido Obrero Belga, Paul Henri Spaak, llegará a desdeñarla por considerarla «centrista». Y es que como expone con gran sagacidad Martín Ramos, en el momento en que los comunistas no dispusieron de la fuerza suficiente para ser considerados imprescindibles, los socialistas descartaron su iniciativa.

A decir verdad, no es en absoluto común hallar explicaciones tan completas de este intrincado período, capaces de situar la argumentación en diversos momentos y lugares. Entender la importancia crucial que los

tempos, las culturas socio-políticas así como las experiencias de los diferentes países jugaron en el devenir de los acontecimientos se hace esencial. Sirvan como muestra nuevamente los ejemplos de Bélgica o Francia, en donde los altos representantes del movimiento obrero reaccionaron inicialmente ante el fascismo proponiendo una alianza entre las clases medias y el proletariado industrial sobre la base de una «hegemonía de los valores y prejuicios de esas clases medias», temerosas de su proletarización y su hondo rechazo al colectivismo, lo que acabó acercando a sus promotores al fascismo. Nombres como Manuel Déan, Adrien Marquet, Henri de Man o el propio Spaak así lo testifican. Ningún proceso histórico es estático, mucho menos aún el de entreguerras, por lo que no marcar bien sus etapas puede comportar consecuencias irreversibles para el análisis. La meticulosidad de que hace gala Martín Ramos le hace moverse constantemente en la intercalación de la lupa y el telescopio, atendiendo incluso a fenómenos de duración secular, al tiempo medio y el tiempo corto. Así, es capaz de llevarnos de los despachos del *Komintern* en Moscú a las sedes de las organizaciones obreras de Barcelona, Madrid o París y, de ahí, a las pequeñas agrupaciones locales de España. Incluso se retrotrae a los inicios del Estado liberal para ilustrar que la supuesta polarización política, tantas veces atribuida al resultado de la victoria de las izquierdas, no era un fenómeno ni nuevo ni característico en éstas.

Sería laborioso enumerar todas las polémicas y mitificaciones que Martín Ramos aborda con el objetivo de desarticularlas. Como es natural, octubre de 1934 ocupa un espacio importante, pero también se desarrollan ampliamente otras como la supuesta pérdida de apoyos de las izquierdas a partir de 1933 y el consiguiente viraje de la opinión hacia la derecha, la oposición y radicalización antigubernativa de las izquierdas

obreras, o la idea sobre la que varios autores han insistido en los últimos años, tendente a considerar que dicha actitud intransigente colaboró de modo decisivo a que no surgiera una opción de centro que pudiera equilibrar la República, también son abordadas con elocuencia y gran aportación documental, de tipo tanto micro como macro.

La idea de la polarización política inunda obviamente el conjunto de la obra. Un trabajo entonces notablemente novedoso en este sentido lo representó el de Rafael Cruz (*En el nombre del pueblo*, 2006), en el que se contestaba esa creencia tan extendida en nuestro país en sentido arriba-abajo según la cual un exceso de política puede conducir al conflicto. Otros estudios relacionados con esta problemática, como el de la violencia política que testimonian nombres como Eduardo González Calleja o José Luis Ledesma, han venido también a romper ciertos tópicos —o mejor, mitificaciones— y son muy bien aprovechados por Martín Ramos. En su capítulo IV aborda la cuestión de la conspiración y posterior golpe contra la República bajo la excusa de la ingobernabilidad (inestabilidad, inseguridad, etc.) y la tensión social provocada principalmente por la izquierda proletaria. Y pone en cruda evidencia que el levantamiento armado contra la legalidad republicana no fue más que el último recurso de las derechas antirrepublicanas contra el reformismo, el cual aborda con cierto detalle en dicho capítulo, subrayando que todas las políticas seguidas venían discutiéndose en las democracias parlamentarias del entorno, en ningún caso fueron políticas revolucionarias.

Aborda asimismo, como no podía ser de otro modo, la victoria de las candidaturas de izquierdas en las elecciones de febrero, poniendo énfasis en la discusión de la misma por la publicística iniciada en el mismo momento en que ésta se produjo. Merece la pena citarse, como ejemplo del nivel de mi-

nuciosidad analítica del estudio, el repaso que realiza a aquellos resultados electorales, en los que incluye las provincias en que fue necesaria una segunda vuelta para decidir o las tres en que los mismos fueron impugnados (casos de Cáceres, Cuenca y Granada). Estos últimos resultan reveladores por lo menos en dos sentidos: que reforzaron la victoria de las candidaturas de izquierdas; que desvelaron la deriva conspirativa de esas derechas, mostrando un acercamiento a Falange, con la que llegaron a presentar por Cuenca a José Antonio Primo de Rivera y al general Francisco Franco.

Los dos últimos capítulos vienen dedicados a la sublevación militar y a la evolución del frentepopulismo durante la guerra, abordando problemáticas como las de la revolución y la defensa de la democracia por parte del obrerismo. Así, aparecen las fricciones entre el PSOE y los republicanos en torno al Frente Popular, en cuestiones tales como la elaboración de las candidaturas para las siguientes elecciones municipales que, en ningún caso, llegaron a poner en entredicho el pacto de gobierno. También en aspectos como los problemas en torno al orden público. No hará falta recordar que aquellos meses son ricos en las polémicas que desataron. Pero si algo sobresale en importancia es el argumento de fondo. Presente ya en varios capítulos en los que trata la reacción conservadora a la labor reformista del primer bienio, sitúa la motivación última del golpe de Estado en algo que puede decirse que, aunque no sea un argumento nuevo, hoy comienza lentamente a abrirse camino entre nuestra historiografía: que el problema del malestar de las derechas en la aplicación de las leyes —entre las que destaca la de Reforma Agraria—, lejos de tener su motivación en supuestas radicalidades y excesos del gobierno frentepopulista o de la acción incontrolada de las masas, fue su mero *cumplimiento*. Esto fue lo que para unos secto-

res dominantes, que habían vivido tradicionalmente en la costumbre de ver cómo no eran aplicadas las leyes de carácter social, resultó intolerable. El golpe de Estado no fue más que, como desgrana Martín Ramos, la consumación de una elaborada conspiración que no sólo afectó a los militares o a Falange, encargada de recibir apoyo económico que se brindaba desde Italia, sino que fue promovida, alentada y financiada por las élites sociales presentes en los sectores financieros, patronales y de la gran propiedad agraria. Y que por supuesto recibió el apoyo de una parte importante de la clase media.

Bien ordenado, como es característico en su autor, la estructura del libro ayuda enormemente al lector a seguir por los múltiples entresijos de un muy complejo proceso, tan enmarañado posteriormente por argumentaciones tendentes a justificar un golpe de Estado contra la democracia española y una larga guerra. Pero sin el menor atisbo de duda, la mayor virtud que aquí se ofrece es esencialmente una enriquecedora discusión, en su mejor y más sano sentido historiográfico.

En resumen, esta obra de ensayo es, en el más estricto sentido, un intento (exitoso en nuestra opinión) de aplicación de la VI tesis de la Historia de Walter Benjamin, en la que el filósofo marxista alemán afirmaba rotundo lo que con tanto afán pretendió hacer el grupo de historiadores del Partido Comunista Británico, que en cada época, en cada generación, «es preciso hacer nuevamente el intento de arrancar la tradición de manos del conformismo». Este libro es, *sensu stricto*, de esta época y este presente a pesar de lo que el salto generacional pueda dar a entender. Y es que «encender en el pasado la chispa de la esperanza es un don que sólo se encuentra en aquel historiador que está compenetrado con esto: tampoco los muertos estarán a salvo del enemigo, si éste vence».